

Diciembre 19

Darling,

Rodolfo

WALSH

De dramaturgo a guerrillero

ENRIQUE ARROSAGARAY

en ese pl
la accio

Ahora que he releído tus cartas, voy a escribirte la extraña... "debido." - C... nuestro tiempo... milagrosa entidad única que áramos... todo caso, si hablo de mí, hablo de alguien que me trascend... plejidad y mi... ba. Nunca estuve tan unido a nadie. Es curioso, porque yo siem... mente creo to... (en ese sentido... muy mal samurai, y tan poca cosa finalmente. Y a pesar de esc... ti, como por... de muerte y una plenitud de confiado amor, por un lado insati... mas por otro decantado y sufrido en la impaciencia y el temor

Yo sé que ahora dicen -- y nosotros mismos llegaremos a... hubo peligro en realidad porque "en este país no pase nada", un palmo de suelo... violencia, como... nosotros mismos... dad, sin peso,ográvida en el ti... Pare no era ésa la evidencia... nos... muchacho con la cara por... la sangre de... en un basur... el... Eran los... y... los ojos, y... y llor... un halo... de otro hombr... lo. Era el... te acuerdas... bejo un... de... de... torturados, que llev... todavía en su... huellas de... por favor... le suplica... en los diarios... te acuerdas? -- Suárez diciendo que la policía... las armas contra lo... quienes los... estábamos no... nosotros... era Livraga un re... tanto un "saboteador":... cartorista chileno muerto a ca... bazo, ocho días tendido en... de sangre. Eran las his... dos que contaba. Doglia. Eran... diciéndome en... "Este suera... de la campana Editorial



ENRIQUE ARROSAGARAY

RODOLFO WALSH
De dramaturgo a guerrillero

PRÓLOGOS DE ELSA VILLAFLOR, LAURA VILLAFLOR Y
EDUARDO JOZAMI

(EDICIÓN AUMENTADA)

 **Cienflores** Editorial

.....  **de la campana**
Editorial

Arrosagaray, Enrique

Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero / Enrique Arrosagaray ; prólogo de Eduardo Jozami ; Elsa Eva Villaflor Garreiro ; Laura Villaflor Garreiro. - 2a ed ampliada. - Ituzaingó : Cienflores ; La Plata : Editorial de la Campana, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4039-56-9

1. Periodismo de Investigación. 2. Agrupaciones Políticas. 3. Peronismo. I. Jozami, Eduardo, prolog. II. Villaflor Garreiro, Elsa Eva, prolog. III. Villaflor Garreiro, Laura, prolog. IV. Título.

CDD 320.092

© Enrique Arrosagaray, 2022

Editorial Cienflores

Lavalle 252 (1714) - Ituzaingó

Pcia. de Buenos Aires - República Argentina

Tel: 2063-7822 / 11 6534 4020

Contacto: editorialcienflores@gmail.com

Director editorial: Maximiliano Thibaut

Diseño editorial: Soledad De Battista

Editorial De la campana

Calle 7 N°1288 La Plata

Tei.221 422 7174

delacampana@gmail.com

Director editorial: Raúl Campañaro

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

ÍNDICE

Rodolfo Walsh y su drama personal por Eduardo Jozami

Este libro es la historia de una obstinación o de varias... por Elsa Eva Villaflor Garreiro y Laura Villaflor Garreiro.

Prólogo a la presente edición

Prólogo a la primera edición

Capítulo 1. Walsh entre cuentos, teatro y el Tigre

Capítulo 2. Amigos, más Tigre y Jorge Álvarez

Capítulo 3. Reencuentro con Cuba, Perón y la Tejerina

Capítulo 4. La CGT de los Argentinos

Capítulo 5. Confitería LA REAL

Capítulo 6. Instrucción en Cuba

Capítulo 7. Instruidos y en Buenos Aires

Capítulo 8. La vinculación de Walsh con las Fuerzas Armadas Peronistas

Capítulo 9. Las FAP, Inteligencia y debates

Capítulo 10. La fuga de la cárcel de mujeres

Capítulo 11. De profesión escuchador

Capítulo 12. Walsh montonero. Inteligencia y Prensa

Capítulo 13. ¿Rodolfo Walsh se va de Montoneros?

LISTA DE ENTREVISTADOS

Alfonso De Grazia
Alfredo Muñoz Unsain
Amanda Peralta
Carlos Aznárez
Carlos Barés
Consuelo Orellano
Daniel Divinsky
Eduardo Carunchio
Emiliano Costa
Estela Poupée Blanchard
Francisco Alonso
Francisco Granato
Germán Rodríguez
Horacio Verbitsky
Ignacio Gomar
Indio Allende
Ismael Ali
Jorge Lewinger
Laura Bonaparte
Lila Pastoriza
Lilia Ferreyra
Lily Mazzaferro
Lucila Pagliai
Mario Firmenich
Mario Landaburu
Miguelo Zarzonn
Néstor Verdinelli
Norberto Liffschitz
Oscar Balestieri

Oswaldo Bonet
Patricia Walsh
Petiso Miguel
Rogelio García Lupo
Rolando Villaflor
Tito Zarzonn

Agradecimientos:

Al poeta cubano Roberto Fernández Retamar
por permitirnos acceder a correspondencia de época.

A Néstor Verdinelli y a Amanda Peralta
por respondernos desde Suecia.

A Norberto Liffschitz por su amabilidad desde París.

Y a Mario Firmenich por aportarnos lo suyo desde
Barcelona.

RODOLFO WALSH Y SU DRAMA PERSONAL

La recuperación de la memoria de los años '70 comienza en los últimos años del siglo pasado y cobra más fuerza desde que se reanudan los juicios a los genocidas y proliferan los testimonios que, junto con innumerables trabajos históricos, literarios y artísticos, amplían el conocimiento social sobre el período. En ese contexto, la figura de Rodolfo Walsh se transforma en emblema de lo mejor de aquél tiempo cuyas heridas aún no han cerrado en la sociedad argentina. Han quedado muy lejos, los recelos de los primeros años de la democracia restaurada en los que se valoraba sin estruendo al escritor y no resultaba fácil hablar de su militancia política.

En el primer aniversario de su desaparición, Walsh fue recordado en el modesto recinto de una librería de Buenos Aires. A esa recordación pionera sucedió dos años después el acto convocado por una agrupación sindical de periodistas que reunió en la sala mayor del Centro Cultural San Martín un arco intelectual y político muy representativo. Desde entonces se suceden las recordaciones en las universidades y los Espacios de Memoria y muchos agrupamientos estudiantiles y centros políticos y culturales llevan el nombre del gran escritor desaparecido. A partir de la *Carta de un escritor a la Junta Militar*, lectura obligada en toda evocación del 24 de marzo, la figura de su autor trascendió a los círculos más amplios de la sociedad.

Ya sabemos que el propio Walsh en momentos de exasperación en los que no encontraba los caminos para conciliar su vocación literaria con el llamado apremiante de la política, hizo gestos arbitrarios, descalificando mucho de su obra publicada y descartó todo aquello que no tenía un

claro propósito de denuncia política. Con buen criterio, lectores y críticos no tomaron en cuenta ese pronunciamiento destemplado y, afortunadamente, la obra de Walsh ha sido recuperada globalmente y siempre reeditada como uno de los aportes fundamentales a la literatura argentina del siglo XX.

Enrique Arrosagaray escribió varios libros sobre Rodolfo, pero es también autor de otros que, aunque no tengan al escritor como personaje central, nos permiten conocer las experiencias que fueron determinantes en su acercamiento a la política, su adhesión al peronismo, su compromiso con la militancia social y su incorporación a la lucha guerrillera. Los textos de Arrosagaray, unos y otros, tienen siempre una estructura similar, basada en las entrevistas como componente principal. El autor no oculta sus puntos de vista, no ahorra opiniones, elogios o cuestionamientos que expresará de modo más o menos categórico, pero no es la suya la voz que más se escucha sino la de quienes participaron en los hechos, conocieron a los personajes o estuvieron de algún modo vinculados a ellos. Esto es así, ya sea que se intente reconstruir el levantamiento del general Valle y los fusilamientos del 9 de junio, las vidas y misterios de la familia Villaflor de Avellaneda, la trayectoria de Walsh como periodista investigador en la agencia cubana Prensa Latina, o la posterior transformación del escritor de “dramaturgo a guerrillero”.

Por cierto que este abordaje literario que otorga al coro el lugar más importante en el drama, con desmedro del personaje principal y del propio autor, no está exento de riesgos, pero en esto Arrosagaray recorre el camino de Walsh: para el autor de *Operación Masacre* no había personajes menores. Si el policial clásico nos presentaba un excluyente mundo imaginario de investigadores astutos y criminales irredentos, la ruptura que hace Walsh con el

género afirma el protagonismo de la gente común. Quienes sobrevivieron al, en muchos aspectos, increíble episodio son los que relatan lo ocurrido en los basurales de José León Suárez. Contar la historia desde los trabajadores, darle voz a los más humildes, es una elección literaria pero también política.

El libro que prologamos recorre poco más de una década en la vida de Walsh, el período que comienza con su consagración literaria (la publicación de las dos obras teatrales y las dos compilaciones de cuentos entre 1964 y 1967) y se continúa con la cada vez mayor dedicación a la actividad sindical y política que culminaría en un compromiso pleno con la militancia revolucionaria. En la primera parte de este recorrido existe abundante información impresa, además de los textos del propio Walsh, para conocer al escritor, sus opciones literarias y su pensamiento político que no ocupaba aún el centro de la escena; en los años siguientes de actividad clandestina, los testimonios constituirán la fuente principal.

A pesar de la riqueza de esos aportes testimoniales y de la decisión del investigador para evitar caminos trillados, tal vez no hayan quedado definitivamente aclarados algunos enigmas de la vida militante de Walsh. Esto podría explicarse por dos razones: los cambios vertiginosos de la situación política en los últimos años de vida del escritor devenido guerrillero y, también, porque Walsh no parece haber creído necesario definir públicamente algunas cuestiones que aún siguen discutiéndose. No conocemos ningún texto del propio Rodolfo en el que nos aclare a partir de qué momento se considera peronista. Podríamos decir que fué cuando se incorporó a las FAP cuyo nombre era una explícita adhesión al peronismo, pero esa precisión es, seguramente, menos importante que el reconocimiento de las complejidades de una matizada relación con Perón, con momentos de mucha crítica al líder del movimiento,

como cuando la conducción de la CGT de los Argentinos no acepta el pedido del general de reunificar la CGT, y otros bien distintos: en el año anterior a su secuestro, Walsh rechaza la propuesta de adoptar la identidad del montonerismo: en discusión con los dirigentes de la organización Montoneros, el escritor sostiene que mal podía considerarse agotada la identidad peronista, puesto que ante la feroz represión dictatorial, las masas sólo podían replegarse hacia lo ya conocido.

Otro de los enigmas antes aludidos tiene que ver con la decisión atribuída a Walsh de abandonar la organización, en los últimos meses de su vida, cuando propuso una línea de retirada y descentralización para preservar fuerzas y evitar lo que consideraba la culminación del desastre. Como lo señalan algunos de los entrevistados, entiendo que no decidió irse de Montoneros puesto que había planteado un debate y reorganizaba su propia vida de acuerdo con su propuesta descentralizadora, como más de una vez lo señaló Lilia Ferreyra, su compañera de los últimos 10 años de vida y militancia. De todos modos, aunque no caben en este caso predicciones de futuro, lo cierto es que el escritor había iniciado con decisión un camino muy distinto al señalado por la Conducción.

Los testimonios recogidos por Arrosagaray y sus propias opiniones contribuyen a conocer mejor ese debate. Esos textos de edición póstuma, conocidos como “Los papeles de Walsh”, no han sido aún discutidos en profundidad. Formulan una crítica severa de lo que su autor llamó la “deshistorización” de un grupo político que desde su propio nombre llamaba a recuperar la tradición popular argentina y proponen el claro rechazo de la estrategia en que lo militar terminaba devorando a la política. Además, esas cartas que no tuvieron respuesta contienen algunos señalamientos anticipatorios de la problemática argentina posterior a 1983, cuando los temas de la Democracia y los

Derechos Humanos tendrán un lugar central en el debate político.

Contribución valiosa para el conocimiento de una vida singular, el libro de Enrique Arrosagaray no cierra ninguna discusión, porque éstas no deben cerrarse, pero rescata experiencias y discusiones que siguen siendo actuales. En muchos sentidos el mundo de hoy es diferente al de entonces. No preveíamos el derrumbe de los socialismos reales que hizo más difícil pensar alternativas al capitalismo y permitió durante muchos años una dominación a escala universal de los Estados Unidos que hoy parece estar llegando a su fin. Tampoco se preveía una transformación tan profunda en la vida social como la lograda por la revolución de los feminismos, la afirmación de la perspectiva de género y el reconocimiento de la diversidad sexual. Todo esto, a lo que debe sumarse la alarma creciente por el cambio climático y la importancia que adquiere en la agenda política la cuestión ambiental, genera un nuevo contexto que el campo popular no puede desconocer.

Sin embargo, sería equivocado ignorar en cuantos aspectos aquel mundo setentista sigue pareciéndose al nuestro. Hoy, en un duro enfrentamiento con el neoliberalismo, no estamos menos expuestos a “la corriente de ideas e intereses minoritarios que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación” cuya restauración denunciaba la *Carta de un escritor a la Junta Militar* como propósito del golpe de 1976. Por otra parte, en circunstancias distintas, el ámbito latinoamericano sigue siendo el espacio necesario para afirmar la autonomía de nuestros países y enfrentar los riesgos de la globalización. Finalmente, el movimiento que nació el 17 de octubre -descremado de los socios de la derecha neoliberal- sigue siendo para nosotros el ámbito privilegiado para pensar la política. Por eso mismo, como

escribiera Walsh en su diario, seguimos viviendo los avatares del peronismo como un drama personal.

Eduardo Jozami

ESTE LIBRO ES LA HISTORIA DE UNA OBSTINACIÓN O DE VARIAS...

Celebramos profundamente la segunda edición de este libro y agradecemos infinitamente a todos quienes lo hicieron posible, sobre todo a Enrique, quien gracias a su esfuerzo y trabajo de hormiga y sus metódicas charlas ha construido un nuevo diálogo posible al calor de una ronda de mates entre los que se encuentran las voces de compañeros entrañables que ya no están como Antonio López, Amanda Peralta, El Negro Granato, Laura Bonaparte, Lilia Ferreyra, El Griego Blajakis, entre otros. Voces que vienen desde las barriadas, los conventillos, las fábricas, los gremios, para confluír en las grandes luchas populares del Peronismo Revolucionario, reuniendo las experiencias de luchas populares anteriores como El 17 de octubre de 1945 y La Resistencia peronista.

Página tras página el libro va tejiendo desde relatos individuales una historia colectiva, sobre las luchas y organización de la clase obrera; es sobre todo un libro que habla de la amistad, tejida entre esperanzas, sueños, lealtades, risas, enojos y luchas. Que habla del compañerismo que se dió entre Rodolfo y nuestro padre, Raimundo, pero no sólo eso, habla de una parte de nuestra historia y nos permite reconocernos en ella.

Un relato con magia, que nos hace caminar por las calles de un barrio, meternos en un taller, compartir un mate, mientras alguien cocina, ahí nomás de nosotros, a lo lejos los ruidos de las fábricas, los clubes de barrio con sus milongas, vecinos golpeando las puertas e infancias jugando.

No busca cristalizar la vida en héroes de bronce

inalcanzables, sumidos en grandes batallas épicas, sino que se construye desde lo más profundamente humano y contextualizado, las vidas con sus luces y sus sombras.

Nuestro viejo tenía algunas certezas: como que a los trabajadores los cagan lo patrones; que la pobreza existe y de hecho la vivió de manera cotidiana, pero puede ser digna si se trabaja; y debe haber una ética entre lo que se dice y se hace: “Hay que sostener con el cuerpo lo que dicen las palabras”, también sabía que no existen las luchas individuales, aisladas del campo popular y sobre todo de lxs laburantes. Era un tipo de barrio y oficio con un descomunal manejo de las herramientas de todo tipo: era herrero, carpintero, cerrajero, albañil y otros yuyos, podía pasar horas construyendo muebles y artefactos, incluso inútiles, era amiguero, disfrutaba de compartir y conversar, muy firme en sus convicciones, “Nadie, es más que nadie” solía decir y como todo tipo de barrio te llevaba a comer asado a la casa de sus viejos.

Hizo falta el golpe de Estado, la instauración de una sangrienta dictadura y su brutal metodología de desaparición forzada, para detener a todxs quienes formaron parte de ese proceso, a Rodolfo lo asesinaron a balazos en la vía pública, en la histórica esquina de San Juan y Entre Ríos, a Raimundo lo secuestraron junto a su compañera María Elsa Garreiro Martinez, su hermana Josefina Villaflor y su cuñado Jose Luis Hazan un 4 de agosto de 1979, nunca salió de la sala de torutra y fue brutalmente asesinado un 8 de agosto del mismo año. Como una paradoja final, Rodolfo y él se volvieron a cruzar en La ESMA, los asesinaron los mismos genocidas y por eso en el primer tramo de la causa, nos encontramos nuevamente nosotras y Celeste con Patricia Walsh, después de otra gran lucha colectiva, una lucha contra la impunidad y por la justicia.

Agradecemos eternamente a Enrique, gracias a su

trabajo hemos podido reconstruir partes de nuestra familia biológica, e igual de importante, nuestra familia de la Vida construida por compañeras y compañeros infinitxs. Algunxs ya no están pero permanecen en nosotras y otrxs, con quienes seguimos avivando la llama de la vida, de los sueños y acciones para que sea mejor mantenernos juntxs, aunque duela y también nos haga reír la llama de la memoria y la lucha por justicia.

**Elsa Eva Villaflor Garreiro y Laura Villaflor
Garreiro,
hijas de Raimundo Anibal Villaflor, “El Negro”
y Maria Elsa Garreiro Martinez, “La Petisa”.**

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Cuando conversé con Maximiliano Thibaut, editor de Cienflores, acerca de la posibilidad de volver a editar este trabajo, lo primero que debía hacer era buscar este archivo, tarea insalubre para mí. Por suerte mi hijo Pablo, hábil, encontró una, aunque no era la última versión. Me resigné, entonces, a realizar la triste tarea de leer línea por línea hasta el final del texto. De allá hasta aquí fueron muchos meses de trabajo bajo pandemia. Me agotó y me dio placer. A esto se sumó la buena noticia de que Raúl Campañaro con su Editorial Campana de Palo se sumaba al proyecto.

La primera edición de este trabajo ocurrió en 2006. La investigación había arrancado en 1998 y se desarrolló hasta los días previos a la entrega de los originales a Editorial Catálogos, ya desaparecida.

Para esta nueva versión hemos agregado algunas entrevistas -a Daniel Divinski, Eduardo Carunchio, Carlos Aznárez, Carlos Eichelbaum, Emiliano Costa, Lila Pastoriza- y algunos comentarios más breves de otras personas que tienen que ver con esta historia. Pero esencialmente el libro es el mismo. A tal punto que en la relectura que hice, no realicé ajustes temporales para evitar quitarle la naturalidad que traté de imprimirle al texto. Espero contar con la complicidad del lector para aceptar esta decisión.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Recorrimos la Capital Federal y el Gran Buenos Aires en busca de hombres y mujeres que trataron de cerca a Rodolfo Walsh en momentos y en circunstancias importantes de su vida, desde 1962 hasta 1977. Logramos que los “personajes” de *¿Quién mató a Rosendo?*, de quiénes tanto habló Walsh, troquen su rol y hablen ellos sobre *su creador*, y lo hacen. Escarbamos por Florencio Varela, por Quilmes, por Avellaneda, barriadas cercanas; nos enlazamos con Francia, con España y con Suecia, países lejanos en los que moran miradas que tuvieron a Walsh al alcance de un guiño. Aparece mucho pero siempre me parece poco.

Escribimos largos párrafos sobre Taco Ralo y sobre el asalto a la cárcel de mujeres de San Telmo porque sus protagonistas, coactuaron con Walsh en esa época convulsionada.

Tenemos los comentarios taxativos de Firmenich y las angustias nada formales de Walsh cuando, muy acongojado sentado en un banco del Jardín Botánico, fue visto por la mirada de un amigo que no se atrevió a acercarse y a tratar de consolarlo, por miedo. Y tenemos más, que resulta tan poco.

Tenemos la dulzura y la autocrítica envidiable a la Orellano, y tenemos pedacitos de aquellos que cuentan algo con el compromiso de no aparecer, porque aún se sienten inseguros. Porque la Historia no terminó.

Tenemos buenas pinceladas de una relación crucial, la de Walsh con el Negro Raimundo Villaflor.

Tenemos la política de la época hecha carne viva, porque la Política, la política en serio, no es un juego. O en todo

caso, es un juego en el que se va la vida.

Y tenemos la bronca del desconcierto, del no saber para dónde ir, la bronca por no encontrar un camino que sirva.

Una vez más mi agradecimiento a todos los que tuvieron la paciencia de sentarse delante de mí, de recibirme en sus casas, de responder mis llamadas y mis correos electrónicos. Y, claro, por la confianza, que es impagable pero a la que hay que responder con la sencillez de la verdad.

Señoras y señores, acá está Walsh, de dramaturgo a guerrillero.

CAPÍTULO 1

WALSH ENTRE CUENTOS, TEATRO Y EL TIGRE

Rodolfo Walsh volvió a la Argentina a fines del otoño de 1961, después de dos años de trabajo en La Habana, y se reinstaló en Buenos Aires con una carga de novedades políticas e ideológicas en su mochila, que lo desbordaba. No era para menos ya que acababa de pasar largos meses trabajando en la Agencia Prensa Latina, uno de los corazones periodístico-políticos de la primera y única revolución popular y antimperialista en América. Revolución que se encaminaba, a todo ímpetu y enancada en cientos de miles de protagonistas en armas, al socialismo. Fueron largos meses en los que Walsh rozó los pasos del Che y se dio el gusto, un puñadito de noches, de compartir unos mates con él, en un círculo relativamente pequeño y argentino, en medio del Caribe.

En la Casa Rosada sonaban en ese otoño, los últimos estertores presidenciales de Arturo Frondizi, en los cuarteles asomaban sus pretensiones golpistas los milicos “azules” y “colorados” y José María Guido ensayaba cómo meter el brazo derecho por dentro de la banda sin enredarse.

Para sostenerse económicamente, con apenas treinta y cuatro años y dos hijas, Walsh se dedicó al negocio de la compra y venta de antigüedades en el comercio de su mujer, llamado “Hollywood”, que estaba en la calle Montevideo 1009, esquina Marcelo T. de Alvear. A este oficio Walsh lo definió como “el más burgués” de su vida¹. Sus ganas de leer en París o de recorrer los llamativos caminos de la verdadera y profunda América Latina como le había sugerido a su esposa cuando aún estaban en suelo habanero, quedaron para el futuro o para nunca.

La relación con su esposa de aquella época, la simpática Estela “Poupée” Blanchard, durará tal vez dos años más o quién sabe hasta tres, escasos. La mejor y más entrañable amiga de Poupée, Susana “Pirí” Lugones, será su próxima mujer. Esto de vincularse amorosamente con dos amigas, tenía un antecedente: en la Biblioteca Nacional, Walsh conoció a una chica llamada María Isabel Orlando y noviaron; poco después comenzó a noviar con una amiga de ésta, Elina Tejerina, con quien se casó².

La Blanchard, quien vivía a dos cuadras de Corrientes y Callao, corazón porteño, por lo menos en las últimas décadas de su vida, nos contó que su marido había vuelto al país y que muchos se acordaban de él, pero ofertas de trabajo remunerado no aparecían. Por eso, se puso a ver qué podía hacer en el comercio de antigüedades.

POUPÉE BLANCHARD: Cuando volvemos a Buenos Aires, Rodolfo no tenía un lugar en donde cupiera. Muchas reuniones sociales y esas cosas, pero trabajo, nada. Se metió en mi negocio, iba a los remates, compraba cosas antiguas y las ponía a consignación en el negocio ¡Tenía una rapidez! Eso duró mientras fuimos marido y mujer; luego, cuando se disolvió la sociedad matrimonial, él se fue a vivir al Tigre en donde me parece que pasó una corta... - le cuesta encontrar las palabras y apenas masculla- una corta etapa triste. Se le venía el mundo encima.

Además, sin dudas que el conflicto político, la lucha de líneas internas que tuvo que vivir en Cuba y especialmente la derrota política que debió padecer dentro de su trabajo junto a Jorge Ricardo Masetti, influyó mal en su ánimo. No puede haber sido de otra manera.

¿Hasta dónde influyó? ¿Cuántos rencores lo acompañaron en el vuelo de regreso? ¿Cuántas broncas se intalaron con él en Buenos Aires? ¿El gobierno cubano tomó alguna medida de tipo política-disciplinaria?

Hemos hablado de ello en nuestro libro *Rodolfo Walsh en Cuba* con bastante detalle. Su amigo Miguel Brascó contó sus recuerdos y Horacio Verbitsky arrimó algo. También Lilia Ferreyra, su mujer a partir del 67. Y sobre todo tiene que haber sido duro para Walsh, enfrentar en La Habana el conflicto suscitado a partir de la publicación de un artículo en Buenos Aires, firmado por Walsh, en el que cuenta el descifrado de las claves de la CIA, cinco semanas antes de la invasión contrarrevolucionaria en Playa Girón³. Un desastre. Broncas, era imposible que Walsh no volviera con algunas broncas y con algunas confusiones⁴.

En su intimidad ya en Buenos Aires, Walsh escribe cuentos. Entre ellos, “Esa mujer”, es decir “uno de los mejores cuentos argentinos” tal como me lo definiera una vez David Viñas⁵.

“*Esa Mujer* y *Nota al Pie* son mejores que los cuentos de Borges ¿Y cómo? Vamos a discutir: Walsh es el mejor escritor de mi generación. Así como García Lorca fue el mejor escritor, el emergente de la generación del ‘27 de España y fue asesinado por el fascismo en su país, Rodolfo fue asesinado por el fascismo de este país. Una obra relativamente breve. Tiene para mí esos dos cuentos que son memorables *Esa Mujer* y sobre todo *Nota al pie*. Trascienden a la poética de Borges. En una antología del mundo, de cuentos... ¡Má, ponelo ahí y después conversamos!”.

“Esa mujer” será incluido en el libro *Los oficios terrestres* que lanza la editorial Jorge Álvarez en 1966; y sumará “El soñador”, “Curso” y “Fotos”.

De esas jornadas en el Delta también tienen que ser sus textos de cuentos reunidos al año siguiente, otra vez por Jorge Álvarez, bajo el título de tapa *Un kilo de oro*, que es dedicado “a Pirí Lugones”.

Si a los dos mencionados sumamos su libro *Variaciones en rojo*, editado por Hachette en 1953, que escribió

pensando “en la diversión y en el dinero” y que reúne los cuentos o novelas cortas “Asesinato a distancia”, “La aventura de las pruebas de imprenta” y el homónimo al título del volumen, totaliza tres libros de cuentos que contienen trece narraciones⁶.

Pero, hablando de los cuentos de Walsh, quiero darme el gusto de decir que, en mi opinión, uno de los más lindos es al mismo tiempo, uno de los más desconocidos. No sé cómo llegó a mis manos una vez, un ejemplar del diario *La Unión* del 10 de Enero de 1993, editado en Lomas de Zamora. Hojeándolo, apareció sorpresivamente en letras negras, el título “La mujer prohibida” y a su izquierda, en letras blancas sobre un fondo gris: “Un texto de Rodolfo Walsh”. Ahí, a dos columnas, un cuento que ni sabía que existía, acompañado por una ilustración maravillosa, a lápiz, y sin firma.

Los personajes de “La mujer prohibida” son El Turco, La Delia y un sujeto sin nombre que es quien relata en primera persona. Es decir: un cafiolo, su mujer prostituta, y un muchacho unos quince años menor que se reconoce admirador del Turco y que es algo así como su segundo en las broncas, aunque una nube en su cabeza lo llevará a ser *batidor*. Tan admirador de El Turco es, que a su mujer solo “la miraba de reojo para no verla” y que “para entenderla, me bastaba el Turco, cómo él la manejaba con una mueca del dedo”. Magistral. Estoy seguro que Walsh trabajó mucho en el texto de esa primera persona, que es profundamente él, para que sea tan verazmente otro.

Años después me enteré, gracias a la bibliografía que construyó mi amigo Roberto Baschetti en su *Rodolfo Walsh vivo*, que ese cuento fue publicado por Ediciones de la Flor en 1967⁷. Yo creo que ese cuento es increíblemente bueno.

Conversé este tema con Daniel Divinsky, director histórico de esa editorial y coincide conmigo: “Ese cuento es una joya, nos lo dio, lo cobró 100 pesos de la época. El

prólogo lo hizo Horacio Achával, un tipo cultísimo y gran editor. Fue la mano derecha de Boris en el Centro Editor. A mí me ayudó mucho para recolectar el material para este libro”.

Se refiere, claro, a Boris Spivacow, creador del Centro Editor de América Latina, siempre requerido por la intelectualidad y golpeado por las dictaduras.

El que se inicia a partir de su regreso de La Habana, es un período de relativa oscuridad en la vida de Walsh. Nos da la impresión de que es un tramo de nuevos silencios en el que se mete un poco para adentro, hacia la literatura, en el que pretende “empezar de nuevo”⁸. Quién sabe un poco peleado con la política, con fastidio, como lo dejará escrito.

Esa *relativa oscuridad*, por ser relativa, no le impedía tener buenos ratos de *relativa claridad*. Un breve texto de su diario personal fechado por él, el sábado 30 de Noviembre de 1962, nos da una pista:

“La isla sin Pupé, la ciudad sin Laura, domingo sin fútbol. No sé por qué no vino. Ahora son casi las siete y ya no vendrá. Me he asomado a todas las lanchas y cada vez me sentí defraudado. Pero siento una secreta correspondencia entre el hecho de que no haya venido y el taimado remordimiento cuando le digo, el jueves, que me vengo a la isla, y en realidad me voy primero a una conferencia donde sé que veré fugazmente a O, y luego a cenar y a dormir con M. Sé la importancia de Pupé, si me faltara, sería como faltar una pared en la casa. Me gustaría no tener que mentirle, qué estupidez”⁹.

Otro recuerdo de aquella estadía insular, con tonos de color, me lo contó David Viñas, riéndose: “el gran revolucionario, recitaba a Shakespeare de memoria, en inglés y tomando wisky ¡Ése era también el gran Walsh!”¹⁰, y aquí su risa bigotuda estalla pretendiendo desmitificar, pues sabe que no le sirve a nadie, o casi.

Nos arriesgamos a decir que Walsh comienza a romper ese período de relativo aislamiento cuando, durante la segunda mitad del 66 y todo el 67, escarba en diversos temas, escribe y publica artículos de investigación periodística en la revista *Panorama*, muy prestigiada en esa época.

Pero hay un antecedente muy cercano que no podemos dejar de mencionar: la puesta en escena de una obra de teatro suya. Las dos obras que construye en aquel período en el Tigre, le permitirán tener la posibilidad de asomar la nariz más allá de su casa en la Isla y hacia un ámbito que lo sorprenderá.

Las tituló “La granada” y “La batalla”. Su rol de dramaturgo no reúne más que estos dos títulos. Ambas fueron escritas entre 1963 y 1964 y ambas tienen que ver con el Ejército. Con las ridiculeces del Ejército Argentino y de otros ejércitos. Con los colimbas. Situaciones y diálogos llenos de sutilezas a veces superficiales y anecdóticas y otras más políticas e incluso con proyecciones hacia la estrategia militar. O tal vez, haya que decirlo al revés: son dos obras teatrales que políticamente castigan muy duro al Ejército Argentino y a sus pares latinoamericanos, con un estilo muy original y satírico.

De “La batalla” apenas queremos decir un detalle muy secundario: intuimos que Walsh quiso incluir una broma a distancia a su compañero y amigo el periodista cubano Juan Marrero, cuando bautizó a uno de los personajes, “el político”, con su apellido.

Sólo “La granada” fue puesta sobre un escenario en aquellos años. Su estreno fue el 22 de abril de 1965 y la puso en escena el Grupo del Sur encabezado por Osvaldo Bonet e integrado entre otros por Héctor Gióvine, el muy querible gordo Oscar Viale, Arturo Maly y Alfonso de Grazia en el papel protagónico¹¹.

OSVALDO BONET, DE GRAZIA Y “LA GRANADA”

Oswaldo Bonet tiene cejas espesas y nariz de payaso, pero natural. Y una mirada inquieta, de pibe. Es actor y director. Café por medio sobre una mesa en las coquetas veredas de la Recoleta, nos cuenta que él mismo encarnó a “Fuselli” en la obra “La Granada” y que armó y dirigió a ese elenco. Pero más que eso.

¿Cuándo lo conoce a Walsh?

BONET: A mí me habían nombrado jurado de un concurso para escritores de obras de teatro, a nivel nacional. Creo que era el sesenta y pico.

¿Estaba Illia, ya?

BONET: Tengo idea de que estaba Guido... ¡Estaban los militares! -lo incluye a Guido entre los militares golpistas, sin prejuicios-. Y cayeron una cantidad de obras para leer, entre ellas “La Granada”. Eran como ciento cincuenta o más. También estaba una de Julio Mauricio que después fue muy buen autor, con mucha proyección. No recuerdo cuál fue su obra. No fue “La Valija” la que resultó primera, esa vino después. En cuanto leí “La Granada” dije “Es esta. La obra premiada es esta”. A Walsh nadie lo conocía. No sé si publicaba algo en ese momento, seguramente estaría en algún diario pero no de primera línea o en alguna publicación de protesta.

¿Qué le pareció tan bueno de “La Granada”?

BONET: No sólo me pareció originalísimo como planteo, como planteo escénico, de personajes, de situación, sino como una verdad enorme. Yo la encontré como absolutamente vívida. No sé si usted se acuerda del planteo: el soldado que le va a explotar una granada en la mano y de repente le pone el dedo -pero debe mantenerlo allí para que no explote- y la vida le cambia y toda la sociedad lo considera un tipo peligrosísimo con una

granada en el dedo. Es lo que pasaba y es lo que pasa hoy en día. Hoy un tipo puede resultar muy peligroso porque haya leído el Evangelio, La Marcha o lo que sea, pero de repente... ¡Me pareció excelente!

¿Qué dijo el jurado?

BONET: Obviamente no fue la opinión dominante del jurado. Yo estuve apoyado por alguien que no recuerdo, pero la mayoría dijo que no, no podían aprobar y premiar en ese momento político una obra así, sobre todo porque ponía al Ejército de una forma tan ridícula. La obra fue desechada por el jurado y fue premiada una de Mauricio. Ante ese fracaso, digamos, yo me dije “a esta obra la tengo que dar”. Entonces gestioné hacerla... -lo charló con la propietaria del Teatro San Telmo, que estaba ubicado en la calle Defensa, en la Capital Federal y fue aprobada por un consejo que ella tenía, integrado entre otros por Carlos Gorostiza-. Preparé el elenco, ensayamos y bueno, ahí apareció Rodolfo Walsh.

...fue convocado.

BONET: Se le comunicó, sí. No sé cuándo fue, pero apareció en un ensayo, charló conmigo y -busca la frase más apropiada- nos hicimos desde ese momento cariñosamente amigos. Yo le tuve una gran simpatía. Era lógico, por otro lado. Walsh no era demasiado alto, de ojos muy vivos, tengo idea de que era de ojos claros, sonriente. Parecía un tipo tímido muy seguro de sí mismo. No era tímido de callarse la boca, era como que le gustaba vivir así como vivía.

¿En ese momento Walsh era el marido de Pirí Lugones?

BONET: En ese momento era la pareja de Pirí Lugones, hija del que había tenido fama de torturador y nieta del Lugones célebre, el de “La hora de la espada”. Y una vez le pregunté a Pirí sobre eso y me contó que ella una vez le

preguntó al padre. “Decime, ¿es cierto que vos metías a los radicales en un balde de mierda?” Y el padre le contestó, “pero nena, de dónde sacás eso...!”. Y Píri le dijo “¡Si es verdad, qué bien hiciste!”.

Veo que tuvo trato con ellos ¿Recuerda dónde vivían Píri y Rodolfo?

BONET: Píri vivía en un departamento de esas casas populares que había hecho El Hogar Obrero, ahí por Rivadavia y José María Moreno. Un departamento enorme y rarísimo. Vivía allí. Píri tenía una ideología rarísima, era más que nada una opción personal. Más anárquica. También siempre me dio esa impresión Rodolfo. A mí Píri me agradaba, era una excelente persona, yo le tomé gran simpatía. Creo que Rodolfo vivía a veces ahí en el Hogar Obrero y de a ratos en el Tigre.

¿Cómo lo veía a Walsh en esos días de ensayo y de estreno?

BONET: Él estaba muy feliz -insinúa con sus gestos una plena satisfacción en Walsh-. Era una cosa muy nueva para él. El teatro le pareció una cosa rarísima. Iba, se sentaba, miraba los ensayos medio extrañado. Yo tengo miedo siempre de los autores de que se pongan a hablar, a opinar. No pasó, con Rodolfo no pasó. Sí me acuerdo que el día del estreno él estaba en el fondo de la platea. La gente aplaudió mucho y él subió al escenario casi corriendo, como un chico, se trepó, venía a los zancazos, estaba entusiasmadísimo con los aplausos. Él había tenido antes, una experiencia teatral... -cortante, repentino, se le iluminan los ojos como a cualquier poseedor de un secreto.

¿Cómo...?

BONET: Sí, hacía muchos años, en el teatro ese que está en la calle Cangallo y ... -se le escapa-, cerca de Pueyrredón o Pasco... Ahí se había hecho una tragedia griega y él formó

parte del coro, fue un coreuta de ese coro griego. Pero de muchacho. Una vez me confesó que había hecho esa experiencia de teatro.

¿Fue buena entonces esa relación con Walsh?

BONET: Era muy fácil la conversación con Walsh porque era un tipo sumamente común, cordial, no tenía empaques. Inclusive esa cosa de olfato de pesquisa que tenía, ese amor por la segunda vida de la gente, y aparecía eso... El caso del abogado ése, Satanowsky. Nunca supe las posiciones ideológicas de Walsh. Una vez cuando estábamos ensayando, me dijo que tenía que ver al padre Castellani -todavía se sorprende como aquella vez-, que era un cura considerado algo así como nazi, nacionalista, como organizador de grupos de ese tipo. Pero él -le busca un hilo conductor a Walsh- fue a Cuba aunque no creo porque fuera comunista. Nunca le oí una afirmación marxista. Había una sanidad en él, una salud mental en su sencillez, que a uno lo ganaba.

¿“La granada” tuvo éxito de público?

BONET: Esa obra tuvo un éxito que fue más allá... Tuvo éxito porque fue el público que tenía ese teatro, pero había algo más. Curiosamente hubo un público con militares. Yo no lo veía mucho porque yo actuaba. Walsh me lo decía. Él los identificaba por la manera de pararse, por los cortes de pelo, por la manera de actuar. Eran milicos -no le quedan dudas-. Esa obra tocaba una fibra muy particular y creo que la gente entendió eso. En escena estuvo todo ese año y creo que el año siguiente.

¿Le parece que esa obra ayudó seriamente a la proyección intelectual de Walsh?

BONET: Eso me lo dijo él. “El empujón que me hizo dejar de ser un desconocido fue ‘La Granada’ ”. Me lo dijo él. “La Granada” dio pie para que se hablara de él. No fue un

éxito... -lo quiere diferenciar de un batacazo tremendo de público y de taquilla sobre la calle Corrientes-, pero no pasó inadvertido.

¿Y el detalle más sutil de la obra?

BONET: Lo que más me atrajo fue ese sentido de que la individualidad se hace peligrosa. Y que, como le pasó a él, quedó prendido... -hace la pausa, se sonríe y cree descubrir en este momento algo de premonición autobiográfica en esta obra de Walsh-. Esa obra la descubrí y me enamoré. Un amor a primera lectura y me empeñé en darla.

El “soldado Gutiérrez” que sostenía la granada a punto de explotar, aparentaba sobre las tablas ser un colimba de 20 años pero en realidad era el actor Alfonso de Grazia, de 32 primaveras. Una andanada de años después comparte conmigo un cortado en un bar de la esquina del Teatro San Martín, cuando esa vereda cae sobre la calle Paraná, hasta minutos antes de meterse dentro de la piel de un personaje de Gogol y salir a escena¹².

Se recuerda peronista desde siempre; y al hablar de “La granada” también recuerda que él mismo, en su vida real como conscripto, la pasó muy mal en la Aeronáutica gracias a que el suboficial Ab lo puso en la mira y lo humilló más de una vez, humillaciones tan gratuitas que todavía le dan bronca, aunque una bronca gastada. Más adelante la vida le deparó dos castigos mucho más duros: la muerte de su esposa en un accidente en 1986, y el suicidio de su hermano Julio, tres años después.

Estas situaciones extremas le rajaron el archivo de sus recuerdos y por esas ranuras, reconoce, se le escaparon vivencias que hubiera preferido retener y seguir disfrutando.

DE GRAZIA: De Walsh retuve su imagen en algún festejo vinculado a la puesta de la pieza y que al mismo tiempo tenía que ver con una reunión del “Malena”¹³, un